

Era la noche de un sábado cualquiera, un sábado noche sobre el planeta Tierra. Es verdad que en aquella misma noche hubo cientos -quizás miles- de personas que vivieron el instante más feliz o importante de sus vidas, y otros cientos que nacieron -o murieron- en tal atestado planeta. Pero eso a él ahora no le importaba lo más mínimo, o al menos no parece que se parara en esta clase de pensamientos. Toda su atención estaba puesta en el espejito del baño. En ese pequeño rectángulo en el que se auscultaba cada día con cierta inquietud, con curiosidad malsana, casi con temor -como si de pronto fuera a descubrirse viejo o deforme- culminaba el ritual de ducha, afeitado y engominado. Puede que entonces, al escrutarse, dejara volar su imaginación y embarcándose en el juego de las supersticiones pensara que de un apurado perfecto o de la dirección que imprimiera a su moña dependía el que aquella noche viviera el instante más feliz o más importante de su vida. En cualquier caso, sí que nos consta que emitió un chasquido y un taco tras palpar sus calzoncillos de la suerte, aún mojados. Aunque sabemos que los tuvo puestos durante toda la noche anterior y que los metió en la lavadora al acostarse -despuntando ya el día- con la esperanza de tenerlos secos para esta nueva

noche de farra, ignoramos el criterio que utilizó al juzgar retrospectivamente la marcha y deducir que todo lo ocurrido bajo el influjo de tan íntimo talismán merecía tales previsiones y afanes. Tras ponerse unos boxer negros, a juego con una camisa ceñida del mismo color, salió en dirección al Poppy Nice. Había quedado allí con Héctor, Hugo y Hacomar.

A diferencia de él, ella no había salido la noche anterior. Era diferente a él. Si era ella mejor o peor no es cosa a la que nos corresponda responder, si es que tan problemática pregunta merece ser formulada. Pero sí que eran diferentes. Por lo pronto, ella estaba enamorada de él. O algo parecido hemos de deducir de la infinidad de veces que pronunció su nombre frente al espejo de su cuarto, como buscando una modulación vocal que no delatara sus nervios al proseguir con la ensayada frase casual: "No sabía que venías ¿qué tal?". Del resto de la conversación con el espejo poco podemos sacar en claro pues hablaba con él en su lengua natal. Aún lo hacía a menudo cuando se encontraba a solas. Todavía no se sentía segura con el idioma y se avergonzaba del modo en que su acento se adhería como una segunda piel a cada palabra, a cada expresión, a cada giro de su nueva lengua. Quizás

por todo ello hablaba tan poco en público y tanto en privado. En cualquier caso, sí aquella noche ambos coincidieron frente al espejo, cada uno frente al suyo, ella era a él a quien buscaba en éste, o era con sus ojos con los que se miraba en él, mientras que aquello para él sólo constituía un ritual que, aunque necesario, nada tenía ni había tenido nunca que ver con ella. Al tiempo que una madre oía una maldición proferida por su hijo al palpar unos calzoncillos mojados ella se debatía entre dos conjuntos de ropa interior y probablemente imaginaba escenarios posibles en los que podría culminar la noche y para los que cada uno de aquellos encajaría como el complemento perfecto. Quizás cuando se detuvo en esta combinación de bragas y sujetador de diferente color, sin encajes, liso y con un aire de bikini, era porque su anhelo estaba posado en un amanecer de besos, espuma y arena, en un amor lentísimo y salado en la marea. O al elegir esta prenda más íntima, de diminutos bordados en los redondeados márgenes de la parte de arriba, coronada en la parte de abajo por un minúsculo lacito entre el ombligo y el sexo, era entonces su deseo de encerrar bajo sábanas la boca de él desahaciendo ese centro quien mandaba. Tras ponerse el conjunto bicolor, sandalias con tacón, pantalones pirata,

maquillaje, brillo en el pelo y un top de generoso escote a juego con sus ojos, salió en dirección al Popy Nice. Había quedado allí con Miriam, Mónica y María.

El Popy Nice, al que cariñosamente llamaban el Popy, era uno de esos locales de horarios incombustibles, que acogía a altas horas de la madrugada a las hordas de necesitados de música, gente y alcohol, que confluían allí a medida que iban cerrando el resto de establecimientos nocturnos. Decir “Nos vemos en el Popy” era un claro indicio de dominio de la jerga al uso y de conocimiento de las leyes de la ruta de los bares. Un rumor no confirmado aseguraba que el dueño del Popy Nice, para hacerse el “bisne”, tenía registrado su bar en concepto de cafetería, lo cual le permitía acogerse a una licencia más barata. Así que para cuadrar horarios se veía obligado a no abrir el local antes de las seis de la mañana. Fuera ése o no el verdadero motivo lo cierto es que nuestros protagonistas de este sábado noche llegaron allí mucho antes, pues Miriam y Héctor no sólo eran novios sino también camareros del Popy, circunstancia que les permitía a todos reunirse y beber allí hasta la hora en la que empezaban a llegar las primeras remesas de clientes.

Aquella noche los chicos llegaron primero, y

comenzaron a beber. Cerveza primero: para calentar motores, para abrir boca, para sentar las madres, para romper el hielo, para... El lenguaje se tornaba particularmente metafórico cuando se trataba de nombrar la inefable experiencia del beber. Estas y otras tantas expresiones compartidas ¿qué significaban? ¿de qué eran síntoma? ¿reforzaban vínculos entre ellos, relaciones de pertenencia a un grupo? ¿constituían acaso la avanzadilla de un ritual que sin ellas habría carecido de bendición? ¿convertían en necesario e inexorable una aventura o viaje del que ya no cabía apearse?. Lo cierto es que, del mismo modo que esos pueblos que están familiarizados con aquello que en mayor medida encuentran en su hábitat exhiben una riquísima variedad de términos para designar tales realidades, pero acaso carecen de una palabra general y abstracta que las abarque (así la lengua de los nativos brasileños Tupi presenta numerosas palabras para los diferentes tipos de loro pese a que carece de cualquier término para designar los loros en general), del mismo modo, aquella noche pudimos escuchar una riqueza y exuberancia de expresiones y denominaciones concretas, literales y metafóricas, relativas a esa sustancia que sin pausa y no sin prisa iba aumentando en cada uno de ellos su propor-

ción en sangre, pero en ningún momento fue proferida en el Popy la palabra *alcohol*. Después del primer calentamiento, el ron: ron con coca cola, ron solo, ron con agua, ron miel. Una misma bebida como seña identitaria, aunque adaptada a la idiosincrasia personal de cada uno. También a través del alcohol expresaba cada uno de ellos cierta diversidad dentro de la unidad. Y ello les daba cancha para embarcarse en el juego de las disquisiciones y el discurso acerca de lo que bebían, actividad esta que consideraban casi tan placentera como el beber mismo, y en la que experimentaban con esa insólita locuacidad, con esa distensión del ánimo y esa expansión del sentimiento que únicamente esa pócima privada de cada cual conseguía.

Cuando llegaron las chicas ya estaban medio borrachos. No había pasado mucho tiempo pero bebían rápido y por sus venas corría aún el alcohol de la noche anterior, que al juntarse con esta nueva transfusión etílica salía del estado de letargo en que lo mantenía la resaca y dejaba sentir sus efectos renovados. Precisamente habían estado hablando de ellas. Fue entonces que él supo que ella vendría y que, si no fallaban sus cálculos, le tocaría emparejarse con “la guiri”. Miriam con Héctor, Mónica con

Hugo, María con Hacomar, ella con él. Así se lo habían hecho entender sus amigos entre risotadas y comentarios de cuestionable elegancia del tipo de “Que ya está todo el pescado vendido”, “Tiran más dos tetas...” o “Enséñale el producto nacional”. Él reía con ellos y les seguía el juego, mientras daba largos tragos a su copa, empapándose de ron como una esponja. No sabemos en qué pensaba entonces, si en la abundante pechuga o en el azul intenso de los ojos de ella. Y es que a nuestro juicio era tan hermosa su mirada como su frontis. Quizás en nada de esto pensaba. Pues lo cierto es que la recibió con un tono de apatía y desinterés y con una frase que la dejó desconcertada y muda: “No sabía que venías ¿qué tal?”. Ella intentó salir como pudo de esta trampa del azar y se inventó toda una serie de actividades que nos consta no había hecho durante ese día. Pese a las dificultades que aún tenía con el idioma se hacía entender perfectamente y si atendemos a la revelación que supuso para nosotros escuchar por boca de ella el nombre de él frente al espejo cien veces repetido como una letanía hemos de concluir que, por la dirección que supo darle a la conversación, era ella bastante inteligente. Sabía esquivar como en un campo minado aquellos temas que los conducirían más allá de las fron-

teras del flirtreo. Sabía coquetear con las palabras y con el tono entre *naïf* y sensual de su acento, que tanto le incomodaba en otros ambientes. Sabía seducir y dejarse seducir, que al fin y al cabo son ambas cosas cara y cruz de una misma moneda. Y pese a todo, no parecía que nada de esto despertara en él algún interés. ¿Sería la edad? No tenemos ninguna evidencia o confirmación de que ella fuera menor que él. Sólo sabemos la edad de Miriam, nacida el 2 de julio de 1981 en la provincia de Santa Cruz de Tenerife. Del resto de amigos, su aspecto era el de estar estrenando la veintena. No obstante, sí que era posible que ella fuera más joven: una cara aniñada por una parte inducía a pensar eso. Por otra parte, asistía en la facultad a un nivel tres cursos inferior al de él: también pudiera ser que por causa de problemas con las convalidaciones. De todos modos, parecía improbable que los tiros fueran por ahí: cuántos ligues menores y con menores que él había tenido él ya.

Ella lo dejó solo con su ron y se fue al baño. Allí estaban María y Miriam y les contó lo mal que iba la conquista. El baño de chicas de un bar es como la mesa de operaciones desde la que los grandes estrategas de la guerra divisan desde lo alto de algún montículo todo el

despliegue de sus tropas frente al ejército enemigo y deciden ese cambio inesperado de la táctica militar que el curso de los acontecimientos exige para ganar la batalla. “¿No has leído *Rojo y Negro*?”. “Sí, claro, *Le rouge et le noir*. Nos lo mandaron a leer en *Terminale*, lo que es aquí segundo de bachillerato”-contestó ella- “¿Por qué?”. “Pues porque entonces me será más fácil explicarte lo que yo llamo la *táctica Stendhal*” -dijo María. “Vale, aunque no sé si a mi me será más fácil enseñarte a pronunciarlo bien”. “Déjate de coñas y escucha”. Tras un trago de vodka con Red bull y una larga inspiración comenzó María a desgarnar su particular interpretación de este clásico de la literatura. La novela trataba -según explicó- del ascenso social de un joven listo y bien parecido, que consigue ir subiendo escalafones gracias a sus dotes para enamorar a las señoras de las casas en las que hace de preceptor y precisamente su estrategia amorosa -la *táctica Stendhal*- consiste en fingir indiferencia y desapego hacia la persona amada, pues cualquier muestra de interés en tal sentido produciría automáticamente en el otro la calma y seguridad suficientes para apagar la dolorosa llama del amor y despreciar altivamente al sufriente y torpe enamorado. “Y eso, bonita, es lo que te está pasando a ti. A que eso no te

lo enseñaron en... ¿cómo era? -y aquí puso la boca chica- *Terminale*”. “Pero mira que eres tonta. Está usted hecha -añadió engolando la voz- toda una intelectual. Eso de la *táctica Stendhal* lo dice ya un sabio refrán en mi lengua: *Je te fuis tu me suis, je te suis tu me fuis*. Que traducido al español pierde el aspecto de trabalenguas y viene a ser algo así como: Si te rehuyo me sigues, si te sigo me rehuyes”. María apuró su copa, la miró fijamente y, antes de marcharse y salir a la pista de baile, se le acercó y dándole un beso o mordisco en el cuello y un pellizcón en el culo le susurró con cariñoso odio al oído: “Vale, preciosa, que te den”. Tras quedarse sola en el baño se examinó una vez más en el espejo, con esa seriedad con la que la gente se mira en ellos, compensada con su expresión algo infantil, concentrada la mirada en el azul de sus ojos, aunque no su pensamiento, dirigido no a colores o a formas, sino hacia una idea fija que nos permite adivinar las palabras que entonces pronunció: “*Je te fuis tu me suis*”.

Mientras tanto él se había quedado medio dormido en una esquina. El local había empezado a llenarse y la música a subir en decibelios. La hora de las conversaciones inteligibles se había pasado ya y aunque no fuera así tampoco estaba su pastosa lengua y su embotado cerebro

para algo más que reaccionar de forma mecánica y estereotipada a estímulos simples: así, profiriendo un confuso y poco convincente “Seguro que yo te conozco de algo” o “Tú sueles venir mucho por aquí” o “Tienes cara de aceptarme una copa” o “¿Cómo te llamas?” ante el estímulo visual -aunque borroso y poco definido- de una silueta femenina; o también, volviéndose con agresividad -aunque inestable equilibrio- ante el estímulo táctil -pero débil y anestesiado- de un pisotón o un codazo involuntario. Así que se había retraído y retirado hacia la zona de los sofás en donde sonaba música *chill out* y un aroma a grifa inundaba la atmósfera quedándose allí amodorrado o pensativo o ambas cosas. Nos hubiera gustado entonces explorar sus pensamientos. ¿Hacia balance de la noche? ¿maquinaba algún plan? ¿pensaba en ella? ¿pensaba en sí mismo y en el sentido que tenía su existencia? ¿en su madre viuda y triste con la que apenas se comunicaba? ¿en cómo sería o habría sido de diferente a la suya la vida de los cientos -quizás miles- de personas que habrían de nacer y de morir durante aquella misma noche de sábado?. Nos hubiera gustado saberlo, a estas horas de la noche surgen tales pensamientos. Sólo sabemos lo que hizo -animarse y aceptar la invitación- y ni siquiera por qué ni con

qué grado de autonomía o entusiasmo cuando Héctor, que había terminado ya su turno y empezaba a disfrutar de la noche, le espetó: “Pero tío, espabila que estás apalancado. Tienes a la “guirufa” -y se refería a ella- bailando al estilo requetón con un sudaca. Anda y vente al baño que te invito a una puntita”.

Allí estaban en el baño de chicas Miriam, María, Hugo y ahora Héctor y él. Llevaban bastante coca encima y se les notaba. Sobre todo a María, que les había contado a todos un par de veces su versión de cabo a rabo de *Rojo y Negro*. Le dieron un billete de 20 enrollado y le dejaron elegir entre las cinco apretadas rayas que sobre el anverso de un DNI aguardaban ansiosas ser esnifadas. Fue así como supimos de la edad de Miriam y como pudo saber él -a medida que la segunda línea blanca se perdía por su fosa nasal- que los padres de su amiga se llamaban Luis Carmelo y María Auxiliadora. No parece que esta repentina presencia nominal de la autoridad paterna -aunque ajena- le produjera reparos, tristeza o remordimiento, pues casi instantáneamente mudó su estado melancólico y abotargado por una exaltada y locuaz simpatía. Ésta no obstante no tardó en trocarse en algo así como una suerte de ira sorda al salir de nuevo al atestado centro en el que confluían

decenas de cuerpos eufóricos al sudoroso son de ritmos electrónicos, ira amarilla que endureció sus rasgos y enfrió su mirada. Ella estaba allí y en torno a ella giraba y sonreía otro, un otro moreno y alto, guapo y de mirada indiana. Él lo observó con desprecio y quizás sintió como si un vaso de cubata se le hubiera hecho añicos en su interior y hubiera herido sus entrañas con diminutos y afilados cristales al contemplar la sonrisa con la que ella correspondía a su amoroso satélite. Pues sus hombros se derumbaron y su gesto se nubló durante algo más de un segundo, tras el cual se dio la vuelta y se dirigió a la barra, en donde escribió una nota en una servilleta que entregó a uno de los camareros, primo de Héctor y amigo, con el que intercambió unas palabras.

Acto seguido -pero después de una segunda y rápida incursión al baño de chicas- se aproximó a ella, al otro y al doloroso sistema solar que componían los dos y dándole un inocente beso en la mejilla a ella y un billete de 10 euros a él le dijo: “Te guardo un momentito a mi hermana en lo que tú le traes un chupito de la casa. Sé que le gustan. Anda toma y pídete tú lo que quieras”. El otro se quedó un instante a la espera, desconfiado, pero como ella -sorprendida- no reaccionó terminó por aceptar el bil-

lete y el mandato. “Qué tonto eres” -rió ella- “¿Te has puesto celoso?”. Y se dejó coger por la cintura mientras él asentía y sonreía en silencio, la mirada pendiente de lo que ocurría allá en la barra. Al entregar el otro su billete no recibió su copa a cambio ni el chupito de la casa sino una servilleta en la que ponía: “De la casa somos todos menos tú así que deja en paz a nuestras mujeres y lárgate a tu tierra sudaca de mierda”, nota dura e incoherente si tenemos en cuenta que la mujer en cuestión era todo menos de la casa, y que fue refrendada por el guiño de ojo que le dedicaron el hermano putativo y su camarero cómplice, quien para evitar cualquier equívoco sobre su gesto, lo acompañó de un disparo simulado con el hipotético revolver de su mano diestra. Al mismo tiempo, en otras partes del planeta -pero también en la misma ciudad- algunos pocos de aquellos cientos o miles que sabemos que murieron esa noche lo hicieron como consecuencia de la misma ira con que fueron escritas estas dos líneas, pero entonces ni el gatillo del arma era de carne y hueso ni el humo del disparo una quimera en estado gaseoso que manaba de un dedo índice travestido en pistola. Y también esa misma noche en la misma ciudad -como en tantas otras partes del planeta- hubo de entre los cientos o miles que sabemos

que nacieron otros tantos que lo hicieron como fruto del amor de dos en los que el uno o la una nunca dejaron que el otro o la otra se sintiese como si no fuese de la casa. Pero esto a él ahora no le importaba lo más mínimo, o al menos no parece que se parara en esta clase de pensamientos. Toda su atención estaba puesta en ella, de la que irradiaba un magnetismo que provocaba en él bien amor o bien excitación sexual, cuyo foco podía estar localizado tanto en su mirada atlántica como en el movimiento y vida de sus pechos de Vestal.

Al empezar a sonar la primera de las lentas tuvieron que comprender que la noche se les había abalanzado y la hora de cierre era inminente. Conocedores de que tales temas -como el *Samedi soir sur la terre* de Francis Cabrel que ahora sonaba- eran, aparte de una extravagancia o dislate que chirriaba en los oídos de los clientes más puristas del Popy, no el indicio de que había sido asaltada la cabina del *disc jockey* tras haberlo envenenado, sino un guiño irónico de éste hacia su público y una advertencia tácita de que la brusca iluminación del local y la muerte de la maquinaria musical se aproximaban, también hicieron esto ellos, cuerpo con cuerpo, mientras ella le traducía al oído la letra de la canción, insuflándole con el rumor de su

aliento un calor que descendió vía sanguínea hasta convertirse, en su bajo vientre, en erección. “¿A que no sabes que es lo que no podría soportar si de verdad fuéramos hermanos?” -preguntó él. “Sí que lo sé” -respondió ella. Y se dejó besar. Y se dejó también arrastrar hacia el baño de chicas, del que tanto y tan diverso uso se había hecho esa noche, aparte de las corrientes funciones de un baño, como ahora en que el exiguo cuadrilátero en el que se encerraba el retrete les servía de refugio, si no para ese amor lentísimo y salado en la marea evocado por ella al comienzo de la noche, sí al menos para que él, conduciendo y colocando y separando sabiamente las manos y las piernas de ella, la aligerara de ropa y aferrado de pie a sus pechos, por detrás, la penetrara. Quién sabe lo que pensó cada uno de ellos durante este polvo furtivo y rápido, tanto que ni tiempo tuvieron de mudarse al baño de chicos para comprar preservativos. Ella probablemente comparó mentalmente el apretado y oscuro cubículo con el diáfano amanecer en la playa que su lencería de reminiscencias marítimas auguraba o demandaba. Él posiblemente dedicó también un pensamiento a su ropa interior y tal vez pensó en sus calzoncillos de la suerte sin los cuales las cosas no le habían ido después de todo tan mal. Quién sabe lo que

sintió cada uno de ellos o, por lo menos, el placer que experimentaron. Nos consta que él llegó a correrse y que lo hizo relativamente pronto, dado el volumen de alcohol ingerido. No podemos decir lo mismo de ella ni descifrar esos jadeos o ese gemido final que pudo ser tanto un orgasmo como un reproche y un lamento.

Cuando salieron del Popy Nice, a plena luz del día, su despedida fue mucho más rápida y más brutal de lo que ella -y también él- habían previsto. Fue por la espalda, del mismo modo en que él había amado a ella un momento antes. Sintió el pinchazo pues se volvió aunque sin gritar quizás anestesiado su dolor por el alcohol. Y entonces lo vio a él, al otro, con su cara indiana y guapa, que había vuelto inexorable como un cometa que se aleja de su centro y tras haberse perdido en lo oscuro de su órbita eterna retorna puntualmente a su cita con los vivos y con los que -como éste que se desangra tras una segunda puñalada- estando vivos, mueren. Ignoramos lo que pudo pasársele a él entonces por la cabeza, al ver el rojo de la sangre manar a borbotones de su vientre, al oír el grito desesperado de ella y asomarse al cielo ensombrecido de sus ojos, pero sí nos consta que fueron sus últimos pensamientos. Quizás entonces sí que pensó en que durante ese mismo

sábado noche cientos -o miles- de personas habrían muerto, como él estaba haciéndolo. Y también, del mismo modo, en que otros cientos -o miles- más habrían nacido igualmente, como habría de hacerlo, no ya esa noche, sino otra como ésta aún por llegar, el niño sin padre que en ésta él había engendrado.